

aquellas costas. Antes de que esto sucediese ya habrían fenecido y sus huesos blanqueados quedarían en la arena para contar su historia.

En este estado de angustia inexplicable muchos se abandonaban á un dolor frenético, vagando por la isla, elevando al cielo las manos y exhalando lúgubres lamentos; otros llamaban á Dios en su auxilio, y los mas permanecían inmóviles en silenciosa desesperación.

Los tormentos de la sed y el hambre los obligaron al fin á moverse. No encontraron mas que algun marisco en la playa, raíces y yerbas de mala calidad. La isla no tenía arroyos ni manantiales de agua fresca, y apaciguaban la sed en los salobres charcos de las marismas.

Nicuesa trató de alentarlos con nuevas esperanzas y los indujo á trabajar en la construcción de una balsa hecha con ramas de árboles, para poder cruzar el brazo de mar que los separaba de la tierra. Difícil era la empresa por falta de instrumentos; concluida que fue la balsa, á costa de muchísimo trabajo, se hallaron sin remos para dirigirla. Algunos de los mas diestros nadadores se propusieron ir la conduciendo; pero, estaban demasiado debilitados con tantos sufrimientos y fatigas. En su primer ensayo, las corrientes, que son muy rápidas en aquellas costas, arrebataron la balsa, y con gran dificultad lograron volver á la isla. Sin medios de salvación, ni recursos para animar y distraer á sus compañeros, Nicuesa mandó hacer nuevas balsas; pero, el resultado siempre el mismo, y los infelices, por último, abandonaron desesperados la empresa.

Iba pasando día tras día, semana tras semana, sin que sus males tuviesen el mas pequeño alivio ni apariencia de mejora; así es que diariamente sucumbía alguno bajo el peso de la miseria, víctima no tanto del hambre y la sed, cuanto del pesar y desaliento. Su muerte era envidiada por sus desventurados compañeros, muchos de los cuales se veían obligados á arrastrarse para poder buscar las yerbas y los mariscos que les servían de miserable alimento.

CAPITULO III.

Llegada de un bote.—Conducta de Lope de Olano.

CUANDO los desgraciados españoles empezaban á considerar la muerte como el deseado fin de su triste situación, volvieron á la vida percibiendo una vela en el horizonte. Pero su exaltación se disminuyó considerando lo difícil que era la aproximación de ningun buque á una isla desierta. Lo estaban observando con ávidas miradas, y de rodillas suplicaban á Dios lo dirigiese hácia ellos, cuando con inexplicable placer observaron que dirigía su rumbo á la isla. Conforme se iba acercando, reconocieron ser uno de los bergantines mandados por Lope de Olano. Ancló, echó el bote al agua y entre los marineros reconocieron á los cuatro que tan misteriosamente habían desaparecido.

Estos hombres quisieron probar que su deserción había tenido por objeto libertarlos de sus males; porque no les cabía duda que los buques estarían en algun puerto hácia el Occidente y que cada día se separaban mas de él. Desesperanzados de trabajar sin fruto, pues su opinión era que Nicuesa seguía una marcha errónea, se resolvieron á seguir su propio dictamen sin exponerse á su negativa. De consiguiente, á media noche, cuando sus compañeros estaban durmiendo se metieron silenciosamente en el bote, volviéndose atrás por los mismos sitios á lo largo de la costa. Despues de muchos días de fatigas encontraron los bergantines mandados por Lope de Olano en el rio de Belen, lugar de las escenas desastrosas de Colon en su cuarto viaje.

La conducta de Lope de Olano pareció sospechosa á sus contemporáneos, y todavía hoy está envuelta en nubes. Suponian que se había separado de Nicuesa á

propósito para usurpar el mando de la expedición; aunque es verdad que todos estaban dispuestos á juzgarle con acritud por su complicidad en la traición y rebeldía de Francisco Roldan. La noche de la tempestad, cuando Nicuesa se hizo al mar por evitar los escollos de la playa, Olano se guareció al sotavento de una isla. No viendo por la mañana la carabela de su comandante desistió de buscarla, y siguió con los bergantines hasta el rio de Chagres, donde encontró el resto de los buques anclados; habían desembarcado todo su cargamento, por el mal estado en que los tenían los gusanos. Olano dijo á las tripulaciones, que Nicuesa había perecido en la última borrasca, y siendo su teniente tomó el mando. Fuese ó no pífida su conducta, es lo cierto que su mando tuvo malas consecuencias. Salíó de Chagres con dirección al rio de Belen, en donde encontró los buques tan destrozados que acabaron por hacerse mil pedazos. La mayor parte de la gente construyó miserables cabañas en la playa: pero, sobrevino una violenta tempestad, y la crecida del rio los arrastró á casi todos ó los envolvió en las movibles arenas. Algunos de aquellos desgraciados se ahogaron yendo á buscar oro, y si él escapó fue debido á ser un nadador consumado. Las provisiones se concluyeron; padecieron hambre y varias enfermedades, pereciendo muchos en la mas deplorable miseria. Todos clamaban que se abandonase la costa; y Olano consintió en la construcción de una carabela con los despojos de los buques inutilizados, para volver, segun decia, á la Española, aunque algunos sospecharan que su intención era llevar la empresa adelante. Tal fue el estado en que hallaron los cuatro marineros á Olano y su gente.

La noticia de que Nicuesa vivía, puso fin al mando de Olano. Este manifestó gran celo por su comandante, despachando inmediatamente su bergantin en su busca, el que guiado por los cuatro marineros, llegó segun queda dicho á la isla desierta.

CAPITULO IV.

Nicuesa se reúne con su gente.

La tripulación del bergantin y los compañeros de Nicuesa al verse reunidos, se abrazaron llorando de júbilo; porque los corazones de aquellos bravos marineros estaban penetrados del mas profundo sentimiento oyendo sus comunes desgracias; circunstancia que hace á los hombres sensibles en cualquier rango de la sociedad en que se hallen.

El bergantin traía una buena provision de dátiles y de cuanto había podido recoger á lo largo de la costa, propio para alimentarse. Los infelices náufragos devoraban todo con famélica ansiedad; tanto, que Nicuesa tuvo que interponer su autoridad para contenerlos, temiendo que el exceso de alimento les perjudicase. No les pareció menos agradable el agua dulce.

Luego que se repusieron algo, abandonaron la isla, dirigiéndose al rio Belen con tan bulliciosa algazara como si sus desgracias hubiesen concluido y les aguardasen las mas celestiales delicias cuando en realidad no hacían mas que cambiar la escena de sus padecimientos, buscando otros nuevos.

Entretanto Lope de Olano se disponía para la próxima entrevista con su comandante, suplicando á los oficiales compañeros suyos que intercediesen en su favor. ¡Inútil trabajo! Nicuesa llegó ardiendo en ira: ordenó que se le prendiese inmediatamente y castigase como á un traidor; atribuyendo á su deserción la ruina de la empresa y las desgracias y muerte de sus valientes compañeros. Los capitanes amigos de Olano hablaron por él; pero, Nicuesa se encolerizó con ellos: «me asombra, exclamó, que pidais su perdon necesitando para vosotros! Sois tan culpables como él; habeis participado de su crimen, y sino, ¿cómo tolerásteis

que pasase tanto tiempo sin enviar un bajel en busca mia?»

Los capitanes tuvieron que disculparse asegurándole que le creían ahogado. Reiteraron sus súplicas en favor de Olano, haciendo la mas patética pintura de sus presentes y pasadas penalidades, y manifestándole que sería muy impolítico acrecentar los horrores de su situación con actos de severidad. Al fin lograron que Nicuesa le perdonase, resolviendo mandarle á España preso, en la primera coyuntura que se presentara. A la verdad, no era aquel tiempo oportuno para añadir este funesto golpe á los muchos que diariamente disminuían el número de sus desgraciados compañeros. De los bizarros y resueltos, setecientos hombres embarcados con él en Santo Domingo, cuatrocientos habían perecido de enfermedades, de hambre y de miseria, y los que sobrevivían, en su mayor parte, parecían cadáveres.

CAPITULO V.

Trabajos de Nicuesa y su gente en la costa del Istmo.

(1510)

El primer cuidado de Nicuesa al tomar de nuevo el mando en jefe, fue dar las disposiciones necesarias para el alivio de su gente. A todos los que quedaban útiles ó tenían suficiente fuerza para soportar el trabajo, los distribuyó en pequeñas partidas, con el objeto de que fuesen á forrajear por los campos y pueblos comarcanos: servicio harto peligroso; porque los indios de aquella parte de la costa eran valientes y guerreros; de ello habían dado pruebas á Colon y su hermano; cuando intentaron fundar allí un establecimiento.

Muchos españoles perecieron en aquellas expediciones. Era tal su estado de debilidad que si tenían la fortuna de recoger provisiones, les costaba mas conducir las que defenderlas; porque era preciso llevarlas á cuevas trepando con ellas por ásperas rocas, atravesando impenetrables bosques y cruzando horribles pantanos.

Cansados de tantos peligros y fatigas, se sublevaron contra su comandante, acusándole, no solo de que le eran indiferentes sus males, sino que se complacía en ocasionárselos, en venganza de haberle abandonado.

Aunque el carácter de Nicuesa había sufrido alguna alteración por efecto de la serie de sus desgracias, era demasiado generoso y caballero para exigir servicios forzados, cuyo objeto no fuese el bienestar comun. Las necesidades llegaron á tal extremo, que segun se ha asegurado, en cierta ocasion treinta españoles encontraron el cadáver de un indio, ya en estado de putrefacción, y se lo comieron acosados del hambre, causando tal estrago en ellos este horrible banquete que ninguno se salvó (1).

Desalentado ya con tantas contrariedades, determinó Nicuesa abandonar un sitio que parecía destinado á ser el sepulcro de los españoles. Embarcó la mayor parte de su gente en los dos bergantines y la carabela construida por Olano, dándose á la vela hácia el Este en busca de una posición mas favorable para su establecimiento. Unos cuantos permanecieron allí para esperar á que madurase un poco de maíz y hortalizas que habían sembrado; quedando bajo las órdenes de Alonso Nuñez, á quien Nicuesa nombró su alcalde mayor.

Habrían navegado como unas cuatro leguas, cuando un marinero genovés que acompañó á Colon en su último viaje, informó á Nicuesa de que por aquellas cercanías debía estar un hermoso puerto, el cual había gustado tanto al viejo Almirante, que le nombró Puerto Bello; añadiendo que lo conocería por una ancla que Colon había dejado allí medio enterrada en la

(1) Herrera, Hist. Ind. d. I. y viii. c. 2.

arena, cerca de la cual estaba una hermosísima fuente de agua dulce y muy fresca, que nacía al pié de un árbol corpulento. Nicuesa ordenó que se registrara la costa y al fin encontraron el árbol, la fuente y el ancla: hoy se le ha conservado el nombre de Puerto Bello. Una parte de la tripulación bajó á tierra en busca de provisiones, pero fueron asaltados por los indios; y como estaban demasiado débiles para poder defenderse con su acostumbrado valor, tuvieron que retirarse á bordo, con la pérdida de algunos muertos y bastantes heridos.

Continuó Nicuesa navegando siete leguas mas arriba, hasta llegar á un puerto, al cual Colon había llamado Puerto de Bastimentos. Estaba en posición muy ventajosa para edificar una fortaleza, pues le rodeaban terrenos muy fértiles y hermosos.

Nicuesa resolvió fijar allí su residencia. Dijo, «detengámonos aquí en nombre de Dios.» Sus compañeros, con las supersticiosas ideas que asaltan comunmente á los desgraciados, siempre dispuestos á creer, se persuadieron que aquellas palabras eran de feliz agüero, y llamaron al puerto «Nombre de Dios,» denominación que aun conserva.

Nicuesa saltó en tierra y sacando su espada, tomó solemne posesión del sitio, en nombre de los reyes católicos. Inmediatamente procedió á la construcción de una fortaleza, para poner su gente al abrigo de los ataques de los indios. Como esto urgía, exigió que cuantos se hallasen capaces de algun esfuerzo se aplicaran al trabajo. Los españoles, muertos de hambre y de fatiga, olvidaron entonces su favorable agüero y maldijeron el lugar destinado á ser su sepultura y á su comandante. Sus imprecaciones se redoblaban cuando iban en busca de alimento, porque tenían que conquistarlo á fuerza de sangre; y lo que lograban recoger, lo traían de grandes distancias, siempre acechados y asaltados por los indios.

Cuando pudo disponer de algunos hombres, despachó Nicuesa la carabela en busca de los que se quedaban en el rio Belen. Los mas habían perecido, y los restantes llegaron á tal extremo de necesidad que se comían hasta los reptiles. Un día, no teniendo nada absolutamente, se comieron un pedazo de caiman. Pasó Nicuesa revista á sus fuerzas reunidas, y encontró que no contaba mas que con 100 hombres escuálidos, miserables y abatidos.

Despachó la carabela á la Española, en busca de una cantidad de tocino que había dado orden le tuviesen preparado; mas esta no volvió. Ordenó á Gonzalo de Badajoz que recorriese, á la cabeza de veinte hombres, las cercanías en busca de provisiones; pero los indios habían cesado de cultivar sus campos, porque necesitaban poco para vivir, y se contentaban con raíces y frutos silvestres de los bosques; de consiguiente, los españoles hallaban solo pueblos desiertos, campos eriales y enemigos de acecho en los desfiladeros. Succedió que al fin no había suficientes hombres hábiles para el servicio de noche; y la fortaleza quedaba sin centinelas. Tal era la desesperada situación de este bizarro caballero y de su brillante flota; la misma que algunos meses antes había salido de Santo Domingo, engreída con su poder, y segura de que poseía todos los medios necesarios para hacer fortuna.

Es preciso abandonarlos un momento, y dirigir nuestra atención á otros sucesos que en último resultado habrán de enlazarse con su destino.

CAPITULO VI.

Expedición del bachiller Enciso en busca del gobierno de Ojeda.

RECORDANDO la relación del último viaje de Alonso de Ojeda, el lector hará memoria sin duda del bachiller Martín Fernandez de Enciso, á quien aquel célebre aventurero inspiró la malhadada manía de colonizar

fletando con este objeto un buque en Santo Domingo para conducir víveres y refuerzos á San Sebastian.

Cuando el Bachiller iba á darse á la vela, se le ocurrió á una porcion de vagos y tramposos insolventes embarcarse con él, formando el plan de reunirsele cuando el buque estuviese ya en franquía. Los acreedores, noticiosos de su intencion, vigilaban muy de cerca á todos los que se acercaban al buque; y el Almirante don Diego Colon mandó un barco de guerra para escoltar al del Bachiller hasta dejarlo fuera de la isla. Sin embargo, un hombre se burló de toda aquella vigilancia: preciso es hablar de él particularmente, porque despues fue persona de grande importancia. Se llamaba Vasco Nuñez de Balboa. Era natural de Jerez de los Caballeros, de una familia noble, aunque pobre, se habia criado al servicio de don Pedro Portocarrero, señor de Moguer, alistándose despues con los aventureros que acompañaron á Rodrigo de Bastides en su viaje de descubierta. Pedro Martir, en sus decadas latinas, habla de él llamándole «*egregius digladiator*,» lo que algunos han interpretado por hábil espadachin, y otros por diestro maestro de esgrima. Dice tambien que no era mas que un soldado de fortuna, de muy malas costumbres; y las circunstancias en que por primera vez se presenta á nuestra pluma, justifica esta asercion. Vivió por algun tiempo en la Española, dedicado al cultivo de un granja en el pueblo de Salvatierra, á orillas del mar; pero, dentro de poco, estaba ya envuelto en deudas. La expedicion de Enciso se le presentó como un medio favorable de escapar de sus compromisos, y muy adecuada para sus costumbres aventureras. A fin de eludir la vigilancia de sus acreedores y de la escolta, se metió en un tonel, y se hizo conducir desde su granja á bordo como si compusiera parte de las provisiones. Luego que el buque estuvo en alta mar, y ya retirada la escolta, Vasco Nuñez salió como una aparicion de su tonel, con gran admiracion de Enciso que nada sabia de tal estratagemas. El Bachiller se indignó con semejante engaño, aun cuando le ofrecia la ventaja de un recluta; y en el primer arranque de su ira, recibió al fugitivo deudor con mucha dureza, diciéndole que le dejaria en tierra en la primera isla desierta con que tropezasen. Sin embargo, Vasco Nuñez logró apaciguarle; porque Dios, «dice el venerable Las Casas, le reservaba para grandes hechos.» Es probable que el Bachiller reconociese en él un hombre á propósito para su expedicion, porque Vasco Nuñez estaba en todo el vigor de su juventud; era alto, fornido, endurecido en los trabajos, y muy intrépido.

Cuando llegaron á Costa Firme, tocaron en el malhadado puerto de Cartagena, testigo de las sangrientas escenas de Ojeda y Nicuesa con los naturales, y de la muerte del valiente Juan de la Cosa. Enciso ignoraba todos estos acontecimientos, no habiendo tenido noticia de los aventureros desde su salida de Santo Domingo; de consiguiente sin ningun temor mandó á tierra unos cuantos hombres para recomponer un bote que estaba estropeado, y buscar agua. Mientras que los marineros trabajaban, una multitud de indios observaba á cierta distancia, con aspecto amenazador, sonando los caracoles y blandiendo las armas. No se atrevian, empero, á atacarlos, porque la esperiencia les habia demostrado cuan tremendos eran los españoles en su venganza; asi es que por espacio de tres dias anduvieron rondando alrededor, escitando en ellos una continua alarma. Al fin, como dos españoles se atreviesen á cojer un barril é ir á llenarlo de agua á un arroyo vecino, once salvajes salieron repentinamente de la espesura y los rodearon con los arcos tendidos. Así estuvieron por algunos minutos, sin descargar el golpe, pero dirigiéndoles siempre la punteria al pecho. Uno de los españoles trató de huir hácia donde se hallaban sus camaradas; pero, el otro le llamó, y como entendia un poco el idioma de los indios, dirigió algu-

nas palabras amistosas á los salvajes. Estos, admirados de oír hablar en su idioma, se amansaron preguntándoles quiénes eran, cuáles sus gefes, y qué buscaban en sus playas. Los españoles respondieron que eran gentes inofensivas, que venian de paises lejanos y habian llegado allí por necesidad; añadieron, que extrañaban el ser recibidos tan hostilmente, y que si les hacian algun daño vendrian muchos paisanos suyos bien armados y tomarian una terrible venganza. Mientras hablaban de este modo, supo el bachiller Enciso que dos de sus hombres estaban rodeados de salvajes, y saltó inmediatamente á tierra con gente armada para ir á socorrerlos. Al acercarse, el español que habia hablado con los indios, le hizo señas dándole á entender que eran pacíficos. El hecho es, que estos últimos, creyendo que una nueva invasion de Ojeda y Nicuesa les amenazaba, se ordenaron en batalla á fin de defender sus casas de una segunda desolacion, y á que no tomasen venganza de pasados ultrajes, pero desde que se convencieron que no eran los mismos extranjeros, ni tenian intenciones hostiles, se apaciguaron, tiraron las armas, y se vinieron hácia ellos con la mas cordial franqueza. Mientras permanecieron allí los españoles, los trataron amistosamente, proveyéndoles de pan de maiz, pescado salado y de un licor fermentado y espirituoso, muy comun en aquellas costas. Tal fue la magnánima conducta de unos hombres que habian visto recientemente sus costas invadidas, sus pueblos saqueados y quemados, y sus amigos y parientes degollados sin piedad ni consideracion de edad ni sexo por los paisanos de aquellos mismos á quienes acogian con tales muestras de generoso proceder. Cuando recordamos la sangrienta y cruel venganza tomada por Ojeda y los suyos contra unos hombres, cuyo delito consistia en haberse opuesto á una injusta invasion, y la comparamos luego con la moderacion de los indios en el momento oportuno para tomar una justa represalia, se nos ocurre naturalmente la duda de si el arbitrario nombre de salvaje es siempre aplicado con justicia.

CAPITULO VII.

Le dan al bachiller malas noticias de su jurisdiccion.

A los pocos dias de la llegada de Enciso á aquel puerto, se sorprendió de ver entrar un bergantin á toda vela y echar el ancla. Encontrar una vela europea en tan desconocidos mares, era un acontecimiento extraordinario; pero, el pasmo del bachiller subió de punto, cuando al acercarse al bergantin, reconoció que la gente que lo tripulaba pertenecia á los que se habian embarcado con Ojeda. Su primera idea fue que se habrian amotinado contra su comandante y desertado con el buque. Alarmándose, como magistrado que era, con tal sospecha, determinó comenzar á ejercer en ellos su destino de alcalde mayor, haciéndoles prender y castigándoles severamente. Varió, sin embargo, de tono, asi que halló á su resuelto comandante, que era nada menos que el mismo Francisco Pizarro, á quien Ojeda habia dejado de teniente en San Sebastian, y cuya patente, firmada por aquel desgraciado gobernador, mostró al Bachiller. En efecto, el pequeño bergantin conducia los miserables restos de la tan ponderada colonia. Despues de la salida de Ojeda en el buque pirata, la gente que dejó al mando de Pizarro continuó en la fortaleza hasta cumplir el plazo de los cincuenta dias que habian estipulado. No recibiendo socorros ni noticias suyas, determinaron embarcarse para la Española, pero se les presentó un inconveniente imprevisto: eran setenta hombres y los bergantines muy pequeños para contener tanta gente. Viéndose en este caso, concertaron de comun acuerdo no embarcarse interin el hambre, las enfermedades y las envenenadas flechas de los indios no redujesen su número. En muy pocos dias lograron su objeto y

se dispuso el viaje. Habian conservado vivas cuatro yeguas para asustar con ellas á los indios, y antes de embarcarse las mataron y salaron, recogiendo además cuanto podia serles útil para alimentarse. Pizarro mandaba su bergantin y el otro un tal Valenzuela.

Apenas habian salido del puerto, se levantó una espantosa borrasca, y el bergantin de Valenzuela, violentamente maltratado por las olas, se fue á pique con toda la tripulacion. El otro bergantin estaba tan cerca, que los marineros pudieron contemplar las ansias mortales de sus desgraciados camaradas, y oír sus últimos lamentos. Algunos contaron que habian visto, durante la tempestad, una enorme ballena ú otro monstruo semejante, dar con la cola una fuerte sacudida al bajel, rompiendo el costado y haciendo pedazos el timon (1). Seguramente esto fue una ilusion de exaltadas imaginaciones: como quiera que sea, el otro bergantin escapó lo mejor que pudo á tomar el puerto de Cartagena, para procurarse provisiones.

Tales fueron las desagradables noticias que dió Pizarro al bachiller acerca de su presunta jurisdiccion. Sin embargo, como Enciso era confiado y emprendedor, se imaginó que llegando él todo mudaria de aspecto.

CAPITULO VIII.

Cruzada del bachiller Enciso contra los sepulcros de Zenu.

El bachiller Enciso, como hemos visto, era tan buen hombre de toga, como de espada; habiendo cobrado seguramente aficion á las proezas militares por su continuo trato con los descubridores, le ocurrió mientras permanecia en Cartagena, la idea de hacer una escursion digna de su amigo Ojeda. Dijéronle los Indios, que á cosa de 25 leguas al Este, se hallaba situada la provincia de Zenu, cuyas montañas abundaban en el oro mas fino; y durante la estacion de las lluvias bajaba á torrentes con el agua en tanta cantidad, que los naturales extendian redes en los rios para recoger las partículas mayores, del tamaño de huevos, segun se expresaban.

La idea de cojer oro con redes, agradó sobremedera al bachiller, despertando mucho mas su codicia las noticias que le dieron, de que Zenu era el cementerio general de todas las tribus comarcanas, á donde llevaban sus muertos y los enterraban, conforme á su costumbre, adornados de sus mas preciosas joyas.

Figúresele, pues, que debia haber una inmensa acumulacion de riquezas en las tumbas de los Indios, procedentes del oro enterrado con ellos por espacio de tantos siglos. Exaltándose su imaginacion, determinó hacer una escursion en la indicada provincia y saquear los sepulcros. No le asustaba la idea de robar á los muertos, porque estos eran inieles paganos, que habian violado el santuario de la sepultura haciéndose enterrar segun los ritos y ceremonias de su religion.

Con tal intento salió Enciso de Cartagena y desembarcó en las costas de Zenu. Inmediatamente se le presentaron dos caciques á la cabeza de sus guerreros. El bachiller, aunque con humo de soldado, recordó su primera profesion, y antes de valerse de las armas, quiso proceder legalmente y de acuerdo con la fórmula mandada observar por la corona, haciendo leales á los indios é interpretar el mismo manifiesto de que Ojeda habia hecho uso; con la explicacion de lo que era la divinidad, la supremacia del papa y el derecho de los reyes Católicos á todas aquellas tierras, en virtud de donacion hecha por su Santidad. Los caciques prestaron la mas respetuosa atencion, segun se lo prescribían las leyes de su política. Concluida la lectura, observaron que en cuanto á no haber mas que

(1) Herrera, Hist. Jud. d. I. VII. c. 10.

un Dios soberano de cielos y tierra, estaban conformes, porque debia ser así; pero, por lo que hacia á creer que el papa ocupase en el mundo el lugar de Dios, y tuviese potestad para conceder al rey de España dominio sobre su pais, opinaban que el papa estaba seguramente loco cuando pensaba en disponer de lo que no era suyo, y que el rey no lo estaba menos, pues queria apoderarse de lo ajeno. Añadieron que ellos eran los dueños de aquel territorio, sin dependencia de ningun otro soberano, y que si el rey Católico venia á tomar de él posesion, le cortarian la cabeza y la pondrian en la punta de un palo; modo que tenian de conducirse con sus enemigos. Y para convencer á Enciso de esta verdad, le mostraron el repugnante y horroroso espectáculo de una larga fila de cabezas empaladas.

No se alteró por esto el bachiller; al contrario, les amenazó con la guerra y la esclavitud si continuaban en su incredulidad y no se sometian. Le contestaron entonces que pondrian su cabeza en un palo, como que representaba á su rey. Creyéndose con esto Enciso dispensado de sus fórmulas legales, procedió á vias de hecho. Atacó á los indios, los derrotó é hizo prisionero á uno de los caciques; pero, en la escaramuza dos de sus hombres, heridos por las envenenadas flechas, murieron á su vista en medio de los tormentos mas horribles (2).

Segun parece, la cruzada contra los sepulcros no tuvo ningun resultado lucrativo. Quizá viendo que los recibian tan mal los indios, y temiendo el fatal efecto de su veneno, no quisieron penetrar tierra adentro con tan escasa fuerza. Lo cierto es que las decantadas riquezas de Zenu, y el cuento de su pesca de oro con redes quedó sin averiguar, siendo causa de otras desastrosas empresas. El bachiller se contentó con su victoria, y se volvió á sus buques dispuesto ya para continuar su viaje al golfo de Uraba, donde Ojeda habia establecido su gobierno.

CAPITULO IX.

Llegada del bachiller á San Sebastian.—Sus desastres allí.—Proezas en el Darien.

No sin grandes dificultades, y solo prevaleciéndose de su autoridad de alcalde mayor, pudo lograr Enciso que la tripulacion de Pizarro le siguiese á las fatales playas de San Sebastian. Por fin llegó á la vista de tan deseado puerto; pero, como su antecesor Ojeda, no halló en él mas que la desgracia. Al entrar, su bajel se estrelló en la punta del Este contra una roca. La rapidez de las corrientes y la precipitacion de las olas lo hicieron mil pedazos; la tripulacion logró á costa de inmensas fatigas refugiarse en el bergantin de Pizarro; únicamente se salvó un poco de harina, queso, galleta y algunas armas. Los caballos, las yeguas, los cerdos y otras mil cosas necesarias á la colonia desaparecieron, y el desgraciado Bachiller vió el fruto de muchos años de prósperos litigios, tragado en un instante.

Su sueño de poder y dignidad estaba tambien á punto de perecer, porque al desembarcar hallaron la fortaleza y casas contiguas arruinadas: los indios las habian quemado.

(2) Esta anédocta la relata el mismo bachiller Enciso, en un tratado geográfico titulado, *Suma de Geografia*, publicado en Sevilla en 1519. Como la contestacion de los pobres salvajes contiene bastante lógica natural, copiamos aqui un trozo original de Enciso.

Respondieronme: Que en lo que decia que no habia sino un Dios, y que este gobernaba el cielo y la tierra, y que era Señor de todo, que les parecia y que así debia ser: pero que en lo que decia que el papa era señor de todo el universo en lugar de Dios, y que él habia fecho merced de aquella tierra al rey de Castilla, dijeron que el papa debiera estar borracho cuando lo hizo, pues daba lo que no era suyo, y que el rey que pedia y tomaba tal merced, debia ser algun loco, pues pedia lo que era de otros, etc., etc.